

traducción de Dulce Estefanía Álvarez, seguida de la de Juan Fernández Valverde y Antonio Ramírez de Verger en 1997, hasta llegar a la última de Alma Mater en 2004-2005, que he realizado sobre el texto de Juan Fernández Valverde, con introducción de Rosario Moreno Soldevila. Me cabe el honor, en este sentido, de ser el pionero de esta tendencia con la traducción de los *Priapeos*, los *Grafitos amatorios pompeyanos*, el *Centón nupcial* de Ausonio y otros textos similares en Gredos en el año 1981 (en donde traté de aplicar el estudio de las connotaciones realizado en mi Tesis de 1973 sobre el latín erótico —cuya segunda edición de publicó en Sevilla en 1991—), texto revisado por mi maestro y responsable de mi introducción en este tipo de estudios, Manuel C. Díaz y Díaz, en una colección cuyo asesor era Sebastián Mariner Bigorra, que aceptó la traducción haciendo gala de gran generosidad y altura de miras.

Enrique MONTERO CARTELLE  
Universidad de Valladolid

Jesús HERNÁNDEZ LOBATO, *El Humanismo que no fue. Sidonio Apolinar en el Renacimiento*, Bologna, Pàtron Editore (Cultura Umanistica e Saperi Moderni 2), 2014, 222 pp. ISBN 978-88-555-3288-4.

Esta monografía de Jesús Hernández Lobato (en adelante JHL), que nació al amparo del doctorado internacional en “Civiltà dell’Umanesimo e del Rinascimento” de la Universidad de Florencia, nos ofrece un enjundioso y exigente —de paciente concentración al lector— relato de la recepción medieval y renacentista de Sidonio Apolinar, si queremos imbuirnos, al través de las actitudes literarias que se suceden ante su heterodoxa latinidad, de la diversidad cultural que caracteriza a un movimiento tan vasto como el Humanismo del *Quattrocento* italiano, hasta diluirse y sembrar con sus ideas todo el *Cinquecento* europeo. Acaso este origen doctoral y su explícito ensamblaje por compendio de artículos (capítulos 2, 3 y 4) sean los causantes de que afloren unas perifrásticas repeticiones, tanto más molestas por concentrarse en las aperturas o clausuras de capítulo para facilitar las transiciones entre ellos, con excesos adjetivadores subrayando el esteticismo rebuscado y excéntrico, que comparte Sidonio con el clasicismo del siglo XII y con los partidarios renacentistas del apuleyanismo en su polémica con los ciceronianos (capítulos 4, 5 y 6). Esa impresión de libro con las costuras demasiado visibles puede despistar en ocasiones y obligarnos como lectores a un sobreesfuerzo para retomar el flujo narrativo. A ello contribuye en no poca medida una impaginación muy compacta basada en una fuente tipográfica *sans serif*, de ojo cerrado (¿una avejentada Helvética o tosca Arial habiendo diseños humanísticos como la Gill Sans o la Calibri?) y apretado interlineado, más propia para titular o para textos breves o de manual, nada propiciadora de la legibilidad que reclaman los textos discursivos de un libro de ciencia humanística.

El rapidísimo capítulo introductorio apenas esboza lo que serán las líneas principales de atención y estudio del esteticismo tardoantiguo representado en Sidonio, porque

así lo demuestra la historia de su recepción prehumanística tras su muerte y para la recuperada sensibilidad literaria del siglo XII. Lo sustancial para JHL pasa por enunciar las razones postmodernas —Lyotard mediante— que le han llevado a preferir, frente a las grandes narrativas sistematizadoras, el “petit récit” sidoniano desde donde asediar la fragilidad e inconsistencias de todo lo que era sólido en la civilización renacentista: “de explorar lo que de tardoantiguo y anticlásico hay en el seno del mayor Clasicismo” (25). Quizá ha llevado hasta el extremo esta opción por lo pequeño redactando este boceto, no obstante la ironía tan postmoderna de haberlo titulado “Aufstieg und Niedergang des Sidonius Apollinaris”. Mis expectativas en este punto —literalistas, lo reconozco, nada alegóricas— se han visto frustradas en la confianza de un minucioso repaso histórico y estético de la poética sidoniana, de la que JHL es un consumado experto y sus artículos lo avalan (acerca, por caso, de la écfrasis visual de la catedral de Lyon [37, n. 37]), pero que realiza en capítulo aparte (2. *Aquellos...*). Puesto que el objetivo declarado es la recepción humanística por Giovan Battista Pio acaso hubiera sido para su narración más eficaz haber fusionado los capítulos 1 y 2 bajo el epígrafe celebrativo de la monumental enciclopedia sobre el mundo romano, y compactada en un solo bloque toda la franja prehumanística. Entiéndanseme bien estas formalidades, pues no cuestionan su núcleo conceptual y metodológico, ni estoy sugiriendo reescribir el libro; solo someter a reflexión un andamiaje distinto que haga honor al saber y finura crítica que atesora, mercedores de una *dispositio* y *elocutio* a la medida de su metaliteratura, pero que su autor ha sacrificado a la sonoridad de un par de titulares (el segundo en homenaje a la famosa serie de los 80 “The Wonder Years”) y confiado a un inicial índice de contenidos numéricamente distribuidos: estos cifrados enturbian más que limpian la sinopsis argumental. Precisamente, la renuncia a elaborar y colocar al final unos pormenorizados índices onomástico y temático, que sacien la inmediata curiosidad por personas e ideas para luego demorarnos en sus respectivos contextos, nos impide juzgar esta monografía de verdadero libro. Por la bibliología sabemos que las formas imponen sentidos, y esa sensación de relato algo descosido y precipitado se aviva en las pocas erratas detectadas: “que abocó al olvido” (24: “avocó”), “en la pluma de un poeta” (31: “pluma un”), “condescendiente con” (34: “concesivo con”), “dentro del *genus*” (38: “dentro el”), “predicador dominico” (52: “p. dominicano”), “Bernardo da Moglio” (54: “Bernado”), “en posesión de un profundo” (55: “posesión un profundo”), “lo sugiere... su contenido” (61 n43: “los... contendo”), “hábitos literarios” (67: “h. literario”), “rasgos esenciales” (68: “rasgo e.”), “a los que se suma” (77: “a. l. q. se se s.”), “serie de cualidades” (93: “serie c.”), “sin menoscabo” (93: “menoscavo”), “el más eximio” (105: “su eximio”), “lo acabarán confrontando con su maestro” (121: “l. a. enfrentando a s. m.”), “cometiendo” (161: “comentindo”).

Otra sugerencia, esta sobre la enciclopedia de enciclopedias que es la *Lampas sive fax artium liberalium* de Janus Gruterus o Jan Gruter (Fráncfort, 1602). A la altura de 2015, cuando las grandes bibliotecas nacionales e históricas permiten el libre acceso en sus portales a muchos de los incunables e impresos ya digitalizados, no se entiende el uso innecesario de la *Lampas*, compendio de los principales *annotamenta* críticos, de que por ejemplo se sirve Ezio Raimondi para sus estudios sobre el humanismo boloñés por evi-

dentes razones de comodidad y accesibilidad, en unos tiempos bien distintos de los nuestros<sup>1</sup>: la BNE y la Biblioteca Histórica “Marqués de Valdecilla” (Madrid), Bayerische Staatsbibliothek (Múnich), Gallica (Francia), etc., disponen de un amplio catálogo del que descargarse, por caso, las *Annotationes doctorum virorum in grammaticos, oratores, poetas, philosophos, theologos et leges* (París, Badio Ascensio, 1511), una enciclopedia de las principales anotaciones críticas del Quinientos (Angelo Poliziano, Marco Antonio Sabellico, Filippo Beroaldo, Domizio Calderini, Giovan Battista Egnazio, Giovan Battista Pio, etc.). La Biblioteca Histórica de la Universidad de Salamanca dispone de una similar colección *In hoc volumine hec continentur Marci A. Sabellici annotationes...* (Venecia, G. Tacuino, 1508, sign. BG/34181), así como una edición de los *In Carum Lucretium poetam commentarii a Ioanne Baptista Pio editi* (París, Badio Ascensio-J. Petit, 1514, sign. BG/11323 y 12005). Es mejor y posible acudir a digitalizaciones de impresos históricos.

Pero no nos dejemos atrapar por estas rudimentarias apariencias y centrémonos en la sustancia y en la forma de los apetitosísimos contenidos de este microrrelato, que sin ningún afán totalizador invita a contemplar en sus menudos y extravagantes detalles la entera grandeza de la cultura humanística. Porque JHL ha leído en profundidad la literatura primaria y secundaria de y sobre Sidonio Apolinar, sobre sus lectores, imitadores y detractores, para secundarla con buenas dosis de pericia filológica y agudeza hermenéutica obteniendo así las jugosas interpretaciones que trataré de sintetizar en mi reseña.

Para cualquier lector interesado en la historia del humanismo y del comentario literario como su plucuamperfecta sinécdoque (no tengamos miedo a las “grandes narrativas” y la transformación experimentada por la *enarratio auctorum* así lo aconseja), la panorámica medieval y la prehumanística del Trescientos dibujada con multitud de detalles por JHL se nos antoja un excelente mirador. Para la Escuela de Chartres Sidonio es autor canónico (estética de la enumeración retórica o *congeries*) y su *sermo trabeatus* o “lenguaje de gala”, diferenciado del *sermo quotidianus*, le provoca a Alano de Lille a la *aemulatio*: en punto a la prosopopeya de la Retórica (*Anticlaudianus* 3,137-271), resulta sagacísimo el análisis de la metáfora visual del pavo real resurtiendo en las palabras (33-37).

Durante la segunda mitad del Trescientos las tornas cambian hacia la mera tolerancia, cuando no rechazo, de la estética —de la prosa— sidoniana, a partir de la malinterpretación de Petrarca (*Sidonii temeritatem, illius stilii obice*) achacando a Sidonio una supuesta *irrisio Ciceronis*. Esto lo resolverá JHL con inteligencia a partir de la ‘preterición sidoniana’ (*de Marco Tullio silere melius puto: Epist. 1,1,1-2*), muy oportunamente retomada y colmada en el análisis de la glosa de Pio para canonizar a Sidonio (147-149). Pio relativizará el alcance de la crítica de Sidonio, restringiendo a la praxis epistolar lo que Petrarca había entendido referido a la íntegra personalidad de Cicerón. El capítulo se cierra con otra bien nutrida historia del ansia canonizadora de Coluccio Salutati, construida por

<sup>1</sup> E. RAIMONDI, *Politica e commedia*, Bologna, Il Mulino, 1972, 102.

JHL a partir del análisis intertextual de la expresión que Salutati le dirige a Sidonio en su calidad ‘jurídica’ de *testem assiduum atque opulentum* (57-58): en los adjetivos reverberan sendos tecnicismos literarios de Aulo Gelio (14,6,5 y 19,8,15). La perspicacia y matices interpretativos de JHL se aprecian respecto de otros intertextos de Sidonio en Salutati (61-63). Así, el proverbial *nullus scit, mihi crede, quanta nescit* (*Carm.* 9,346), del que Salutati haría uso con la variante *mihi conscius* mientras debate la atribución de las tragedias de Séneca (*Epist.* 5,18), en lo que JHL considera “formulación verbal bastante desusada en las letras latinas”, y que remite a otro poema sidoniano (*Carm.* 16,85-86: *Derigui, fateor, mihi conscius atque repente / tinxit adorantem pavidio reverentia vultum*): *Quis autem auctor iste fuerit, viderint studiosi; nichil enim audeo in re tam obscura, ignorantiae mee mihi conscius, affirmare* (*Epist.* 5,18, ed. Novati). Ahora bien, la sola expresión de ‘confianza’ o ‘consciencia’ vinculada a un yo autorreferencial es de uso habitualísimo entre autores clásicos, Cicerón a la cabeza (*mihi crede*: *Div.* 2,36-37; *Fin.* 2,21,69; 2,34,113; 5,30,92; *Off.* 3,19,75; *De orat.* 2,72; *Epist. passim*; *mihi conscius*: *Epist.* 6,21,1; 13,8,1; *Tusc.* 2,4,10), pero la ‘consciencia’ también en Livio (42,42,8), en Ovidio (*Am.* 2,7,11), muy abundante en Quintiliano (*Inst.* 6,64; 12,11,8) y luego entre los cristianos Ambrosio y Agustín. A mayor abundamiento y a propósito de la dialéctica *vetustas/modernitas*, es consciente para Salutati la inferioridad de la modernidad (81-82), pero esta vez la expresión de ‘confianza’ no se vincula tanto a la idea de ‘pequeñez’ o ‘ignorancia’, cuanto es sobrepujada por la casticísima oposición *sapientia/eloquentia*, que Cicerón formula a comienzo del tratado *De inventione* 1,1,1 (*sapientiam sine eloquentia parum prodesse civitatibus, eloquentiam sine sapientia nimirum obesse plerumque, prodesse numquam*), y san Agustín actualizará para su trasfondo medieval (*Doct.* 4,5). El texto de Salutati (*Epist.* 3,79, ed. Novati) dice así: *Tenet gradum suum insuperata vetustas et in campo remanet signis immobilibus atque fixis. Et quidquid sibi de subtilitate sophistica blandiatur modernitas, sapientia nos, crede michi, et eloquentia vincit.*

Con estas sosesgadas finuras interpretativas llegamos al meollo del libro y a la vindicación cuatrocentista de la poética tardoantigua (capítulos 4, 5 y 6). La ampliación crítica del canon con autores de la latinidad tardía Poliziano la fundamenta en su ‘alteridad’ estética. Con mucha sagacidad JHL aporta y comenta el pasaje de la *Oratio super F. Quintiliano et Statti Sylvii* (93), donde Poliziano exhorta a una estimación positiva del cambio estilístico (*si rectius inspexerimus ... dicendi mutatum genus*), y a no depreciar la ‘diferencia’ (*neque deterius dixerimus quod diversum sit*). Para una cabal historia y crítica del universo literario de Poliziano, además del divulgativo y generalista ensayo de Martin McLaughlin<sup>2</sup>, hubiera añadido el sólido y convincente trabajo de Peter Godman sobre la poética y la historia literaria de Poliziano<sup>3</sup>. De esta lectura habría JHL ganado un ancho punto de vista cultural donde proyectar el sentido de la intertextualidad sidoniana en Poliziano. Porque la forma y función de los intertextos depende en una medida no chica de cuál fuera entonces la estimación prevalente del humanista: la “imagen de un Poliziano pri-

<sup>2</sup> M. McLAUGHLIN, *Literary Imitation in the Italian Renaissance*, Oxford, Clarendon Press, 1995.

<sup>3</sup> P. GODMAN, “Poliziano’s Poetics and Literary History”, *Interpres* 13 (1993) 110-210.

mordialmente filólogo clásico y poeta romance” de hoy en día<sup>4</sup>, contrasta con la del soberbio prosista epistolar que admiró su tiempo. Hubiera resultado entonces menos superficial y anecdótico el relato de la ponderación intertextual, que con buen propósito anuncian los epígrafes de la “sidonización programática” en el Poliziano epistolar (94-98), del “tesoro léxico sidoniano” en el filólogo (98-101) y del “Virgilio sidonizado en el cuatrocentista tardoantiguo” (101-105). Quiero decir que, si nos convence la argumentada funcionalidad de los intertextos aportados para epístolas y poesías, se nos antoja frágil reducir el léxico sidoniano a ese rarísimo *scruta* (*Epist.* 7,2,6: “buhoneros”, “baratijas”; específico número de epístola y párrafo omitidos por JHL), pero presente también en Horacio (*Epist.* 1,7,65) y que Poliziano censa el primero en *Miscellanea* 30 (*Cucuma-Proseucha-Scruta*) sin explicar su significado —falta que le afean Parrasio, Nebrija en *Tertia Quinquagena* y otras misceláneas quinientistas—: me parece algo arriscada la sinécdoque, por excepcional y paradigmático que sea el vocablo, clásico y postclásico a partes iguales. Indirectamente nos dice lo infructuoso de reducir el problema de la escritura y del canon bajo la estricta dualidad ciceronianismo/apuleyanismo. Los mejores humanistas fueron grandes escritores que abogaban por un sano eclecticismo reacio a cualquier compartimentación: esta es la razón de su incomodidad por la “actitud sorprendentemente positiva” hacia Sidonio de Ermolao Barbaro, uno de los triunviros humanistas junto a Poliziano y Pico, a quien sin atisbo de duda considera “eminente ciceroniano”; la famosa carta de Pico a Barbaro no prioriza la filosofía sobre la retórica, sino que promueve la entrañable transparencia expresiva del conocimiento, el ser de la cosa es indisoluble de su figura: *Est enim a specie res id quod est*. Ítem más fiable hubiera sido basar el estudio de los intertextos de *Manto*, no remitiendo a la anticuada de Isidoro del Lungo de 1867 ni a la sintética de Charles Fantazzi de 2004 (102, n. 30), sino a la muy erudita edición crítica de las *Silvae* de Francesco Bausi (Florencia, Leo S. Olschki, 1996). Asimismo relevante de la difusión de Sidonio en la segunda mitad del Cuatrocientos es el carteo mantenido por Battista Mantovano y Pico della Mirandola a cuenta de sus préstamos librescos con Sidonio de protagonista (107-108), en lo que me complace abundar citando un par de documentadísimos artículos de Andrea Severi y corregir el error de la referencia dada a la edición de Ida Mastrorosa sobre la relación también epistolar del alumno de Filelfo Enoch d’Ascoli con Leon Battista Alberti<sup>5</sup>.

En fin, estas matizaciones que he creído oportuno añadir no buscan enmendar sino aderezar un consistente relato de influencias, extendido a otros autores cuatrocentistas, por caso Alfonso de la Torre de la *Visión delectable* (109-111), una enciclopedia de hacia 1440, a medio camino entre la “rígida estratificación del saber”<sup>6</sup> y un humanismo lin-

<sup>4</sup> Según defiende F. RICO, *El sueño del humanismo*, Barcelona, Destino, 2002, 196.

<sup>5</sup> A. SEVERI, “Il *Carmen de contemnenda morte* e i rapporti di Battista Spagnoli con Giovanni Pico della Mirandola”, *Interpres* 30 (2011) 189-250; ID., “Giovanni Pico della Mirandola per Battista Mantovano: tra prestito di libri, eloquentia e rapporto con le auctoritates”, *Interpres* 31 (2012-2013) 151-181. El artículo de I. Mastrorosa citado en 109, n. 53, debe remitir a *Albertiana* 5 (2002).

<sup>6</sup> RICO, *El sueño*, o. cit., 22.

güístico en ciernes: aquí el sentencioso “ca non sería bueno que el sciente e el idiota hobiesen manera común en la fabla”<sup>7</sup> adopta un marcado sesgo neoplatonizante, que también podemos leer en la misma carta de Pico a Barbaro —y aun en el prólogo de Nebrija a la *Thalichristia* de Gómez de Ciudad Real (1522)— defendiendo los enigmas y fábulas poéticas para alejar al ignorante del misterio poético: *Nec aliter quam prisci suis aenigmatis et fabularum involucris arcebant idiotas homines a mysteriis*<sup>8</sup>; la misma majestuosidad poética que según Nebrija mantuvo apartado al profano de los sagrados misterios: *ob poeticam maiestatem potuit idiotas homines arcere mysteriis*<sup>9</sup>.

El trabajo de recepción no olvida su designio originario de centrarse por entero en el significado cultural del comentario a Sidonio Apolinar del humanista boloñés Giovan Battista Pio (ca 1475-1540). A él se dedican los capítulos 5 y 6, sin duda los de mayor interés y sugerentes, el mejor colofón que puede esperar el estudioso del humanismo renacentista y boloñés en particular. Este fue discípulo de Filippo Beroaldo Senior y el coetáneo más joven de la generación del medio siglo integrada entre otros por Angelo Poliziano, Paolo Cortesi, Ermolao Barbaro, Giovanni Pico della Mirandola, Pomponio Leto, pero más cercano por edad —no por estética— a Giovan Francesco Pico y a Pietro Bembo, nacidos ya en los años 70. La decantación de Pio por la exquisitez estilística y conceptual tiene su origen en el contexto boloñés liderado por Beroaldo. A imitación de las *Annotationes centum* de su maestro (1488) escribe Pio sus *Annotationes priores* (1496), para dar muestras de su radicalidad lingüística y literaria en su precipitado y poco sistemático comentario a Sidonio (1498), en sus *Enarrationes allegoricae* de Fulgencio Planciades (1498) y en el *Plautus integer* (1500).

El capítulo 5 comprende, pues, la entera trayectoria intelectual de Pio, que se quiere al arrimo de su maestro Beroaldo. La sorpresa puede encontrarla el lector tanto en el cuerpo del texto como en las notas al pie, donde JHL rinde pruebas del magisterio be-roaldino (123, n. 15), aclarando el significado del término *acervus*, que había confundido a los comentaristas de Persio (6,80: *inventor, Chrysippe, tui finitor acervi*) y cuyo sentido de “montón de riquezas” se confirma según una comprensiva disposición autorial cuyos extremos clásico y postclásico encabezan la serie de usos, comenzando por Cicerón al que secunda Sidonio (*Carm.* 23,119: *Chrisippi potuisset ex acervo*), luego sancionado por los usos equivalentes de Marciano Capela y Horacio (dos ejemplos de Epístolas). Desde las juveniles *Annotationes* de 1496 Pio muestra las dos caras erudita y estilística acuñadas en idéntica moneda sidoniana (122-129), apreciada poco después en Milán en “las tres piedras angulares de su audaz programa filológico”: el Fulgencio y el Sidonio de 1498 y el Plauto de 1500, cuya trascendencia filológica la explica JHL desde la teoría de los polisistemas. Los humanistas gozaban entonces de una posición privilegiada, que los convertía

<sup>7</sup> A. DE LA TORRE, *Visión delectable de la filosofía y artes liberales*, ed. J. GARCÍA LÓPEZ, Salamanca, Universidad, 1991, 121; *apud* RICO, *El sueño*, o. cit., 22, de quien ya siento disentir al ver en esa expresión la “jerga especializada” de la escolástica.

<sup>8</sup> E. GARIN (ed.), *Prosatori latini del Quattrocento*, Milán, R. Ricciardi, 1952, 812.

<sup>9</sup> F. GONZÁLEZ VEGA (ed.), *Paginae Nebrissenses*, en *Gramática sobre la lengua castellana*, Barcelona, RAE, 2011, 338.

en instancias canonizadoras, capaces de transferir de la periferia al centro, y viceversa, lo que ellos determinaban como 'alta literatura'. Eso fue lo que llevó a Pio a canonizar una literatura anticlásica, la de Sidonio, hasta entonces en la periferia y de paso a canonizarse a sí mismo como comentarista del autor promovido. Esta imagen redentora o mesiánica de los textos la confirman bastantes de las *laudationes* compuestas en honor de Pio: *Quam pius est Baptista Pius, charissime lector* (129-135).

La forma y el sentido del comentario sidoniano de Pio se estudian en todas sus facetas. Empezando por "el proceder ecdótico" (137-142), que no depende de la colación de códices sino de "sus propias valoraciones estilísticas y exegéticas" (139). Es bien conocida la función que de la ecdótica tiene el humanismo renacentista: con la sola excepción de Poliziano, para quien la crítica del texto es un fin en sí mismo y atento siempre a la calidad y temporalidad de los manuscritos colacionados, el común de los humanistas entienden las *emendationes* como conjeturas al servicio de la exégesis, válidas en cuanto que allanan el sentido literal del texto. Sigue el análisis del "prólogo programático" (142-146) como principal paratexto y "la primacía de las glosas léxicas", que en bastantes ocasiones acogen "verdaderos *excursus* filológicos... capaces de abarcar todo el espectro semántico y pragmático de la palabra" (149-153). La tipología que ofrece JHL de las glosas de Battista Pio depende del grado de conocimientos en las lenguas griega y hebrea para aplicarlos a resolver "la adecuación estilística de la Vulgata confrontándola con el original bíblico" (155), sin temer enfrentarse a "espinosas cuestiones de carácter teológico o eclesiástico", como lo comentado a propósito de *protomysta* (157-158). En línea con su anticuarismo, bastantes comentarios comprenden temas diversos de historia y mitología (159-160), pero en este aspecto JHL se limita a una escueta localización. Es una lástima que todo el esfuerzo sobre la comentarística lo haya dedicado y esquematizado en tablas de mera contabilidad porcentual sobre el número de comentarios que contiene cada obra, todo para demostrar científicamente —¡qué error, qué horror!— el paulatino decrecimiento de las glosas "a partir del libro segundo de las epístolas" (162), o para sucumbir a la evidente tautología de afirmar que las piezas más glosadas "son aquellas que mayores posibilidades léxicas le brindan... cartas de contenido efrástico o descriptivo" (163-164). No obstante, gracias a su saber y método podría muy bien en trabajos futuros adentrarse por entre las múltiples digresiones y valorar las intertextualidades con otras enciclopedias y misceláneas de su tiempo, en particular con el comentarista que hizo de las digresiones *in Propertium* (1487), *in Suetonium* (1493) o *in Asinum Aureum* (1500) una "humanistische Existenz": su maestro Filippo Beroaldo il Vecchio (1453-1505). Una intertextualidad de la erudición, no reducida a innecesarios muestreos positivistas, sino entendida como 'alta literatura', atendiendo a la dimensión pragmática del comentario. Durante la primera modernidad la extensión de la imprenta y el acopio de conocimientos caminan de la mano. Este exceso de información impresa encuentra su más claro exponente en el comentario, cuya primordial mediación entre texto y lector permite a este hacer efectiva (*usus*) la comprensión (*cognitio*) de esos conocimientos adquiridos. Entre las caleidoscópicas funciones del comentario como instrumento formativo, enciclopédico y aun político y cohesionador social está la de 'autorizar' un texto convirtiéndolo en

‘canónico’, en integrante del canon de autores de su tiempo. En este “hormiguero de comentarios” (Montaigne *dixit*) y letra impresa los propios comentaristas terminarán por ejercer de autores. Y así asistiremos en el tránsito del siglo XV al XVI a las primeras colecciones independientes de anotaciones, misceláneas y otros ensayos académicos de los humanistas, cuya autoridad les viene precisamente de comentar a los autores clásicos. De los comentarios y misceláneas humanísticos deben importarnos aquellos elementos estilísticos o lingüísticos que transforman la glosa en digresión y la digresión en ensayo: el discurso misceláneo, heredero del excurso del comentario sistemático, estaría en el origen de las piezas ensayísticas, en su agrupación heterogénea, en la variedad y disparidad de los temas yuxtapuestos. La pregnancia narrativa de las citas ensambladas en la exégesis textual humanística nos permite arrimar estas enciclopedias, por su ponderada mezcla de erudición y estilo, a la literatura de pleno derecho, y anticipar en ellas las estrategias discursivas que confieren literariedad al moderno ensayo inaugurado en 1580 por el Señor de la Montaña y pocos años después por Francis Bacon.

A medida que Pio se adentra en el Quinientos sus iniciales propuestas estilísticas de refinado preciosismo parecen perder fuerza, para terminar cantando la palinodia ya desde las *Annotationes posteriores* de 1505 y mostrarse definitivamente atemperado en los *In Carum Lucretium poetam commentarii* (1511), los primeros que se le dedican al poeta epicúreo y gracias a los cuales ocupa Pio un sitio destacado en la historia del humanismo renacentista y aun de la filología. Este capítulo 6 y último lo destina JHL a trazar ese cambio de rumbo estético de transparencia expresiva y paganidad operado por Pio en los comienzos de un siglo XVI, que hacia los años 20 conocerá una verdadera eclosión de espiritualidad y conflictos religiosos (Erasmismo, Luteranismo, Políglota Complutense, Dieta de Worms y Saco de Roma). Los *pentimenti* de Pio no lo son tanto de ciertas interpretaciones, cuanto de un cambio en la orientación de las *Annotationes posteriores* de 1505, donde hace renuncia explícita de su anterior estilo hinchado y oscuro y afronta el propio del gramático bien consciente de los límites al servicio de su tiempo (188-189). Pero nada se nos dice ni explica por qué Pio decide redactar un comentario sistemático al epicúreo Lucrecio, de estilo ‘arcaizante’ como el Plauto completo de seis años atrás. Esta opción estilística no es de tenor muy ‘diferente’ de la sidoniana recién abandonada. La consciencia del cambio lingüístico —ya señalada a propósito de Poliziano— es lo determinante. Creo que aquí se resiente algo la sólida línea argumental de JHL, al entenderlo como derrota del sidonianismo de Pio y de la escuela boloñesa frente al ciceronianismo triunfante de la primera década. Esta reducción del humanismo a una pugna dialéctica entre sidonianos o apuleyanos frente a ciceronianos limita a mi juicio comprender una realidad querida desde el principio ecléctica y atemperada según pautas de *sapientia cum eloquentia*: pienso en el *Prudencio* comentado por Nebrija de 1512, bien al tanto nuestro humanista de sus *verba depravata, quod vitium non fuit hominis sed temporis*. Tal planteamiento antitético distorsiona la evolución que Pio opera desde Sidonio como catalizador del eclecticismo o de la imitación compuesta practicada por los mejores humanistas (léase Erasmo y su paródico *Ciceronianus* de 1528), y no es inteligente, insisto, cifrar en ello el fracaso del sueño del humanismo: la *communis opinio* asegura que el puro aliento



civilizador y transformador del humanismo empeñado en las letras antiguas continuó y triunfó sobre ese ciceronianismo miope con la generación de Erasmo, Budé y Vives, independientemente de su acerbo rechazo de la *prosa absurdissima* (212) de Sidonio Apolinar y Marciano Capela: el humanismo nunca estuvo solo en los extremos.

Felipe GONZÁLEZ VEGA  
Universidad del País Vasco  
(UPV/EHU)

António GUIMARÃES PINTO, *Apostilas a António Luís. 1: António Luís e João de Barros. 2: António Luís, António Pinheiro e Rodrigo Sánchez. Introdução, edição, tradução e comentário de textos de António Luís, Rodrigo Sánchez e João de Barros. Coordenação editorial e prefácio de António Manuel Lopes Andrade, Cátedra de Estudos Sefarditas “Alberto Benveniste” da Universidade de Lisboa-Centro de Línguas e Culturas da Universidade de Aveiro, Lisboa-Aveiro, 2013, 292 pp. ISBN 978-989-96236-4-4 | 978-972-789-399-7.*

António Guimarães Pinto ofrece en este trabajo una segunda aproximación a la obra del médico lisboeta António Luís<sup>1</sup> y quizá por esta razón lo titule *Apostilas* y apenas presente información sobre el médico en torno al que se articula el volumen. La información básica y mínima que el lector pudiera necesitar la va a encontrar en el “Prefacio” de António Manuel Lopes Andrade (11-14), que más tarde aparecerá discretamente mencionado como el padre intelectual de este volumen (26 y 66).

Las *Apostilas* a António Luís se presentan estructuradas en dos bloques: el primero de ellos es una introducción sin bibliografía, a su vez dividida en cuatro partes; el segundo está integrado por la edición y traducción sucesiva —incluso las notas presentan numeración correlativa— de siete textos latinos de diversa extensión (seis de ellos de António Luís y otro de Rodrigo Sánchez), acompañados de la transcripción y discreta anotación de un texto en lengua portuguesa, obra del humanista João de Barros. Una notable variedad de textos y temas a los que quiere conferir unidad —entendemos— la vinculación, de una u otra forma, con la figura de António Luís.

Guimarães Pinto (“explicação e plano”, punto inicial de su introducción) se limita a decirnos que António Luís es un autor de estilo barroco, desconcertante y algo liado, condición que ha dificultado estudios previos. Para remediar esta situación emprende este trabajo: “Foi pois como uma reacção contra a inércia do seguidismo acrítico, do cediço e cómodo lugar comum e do intelectualmente ‘correcto’ (ou seja, o conforme com as definições talhadas para situações histórico-culturais não-nacionais) de que têm enfermado alguns dos mais influentes historiadores da cultura portuguesa do século XVI

<sup>1</sup> Cf. A. Luís, *Cinco livros de Problemas*, trad. port. A. Guimarães Pinto, Lisboa, Centro de Filosofia da Universidade de Lisboa, 2010.